



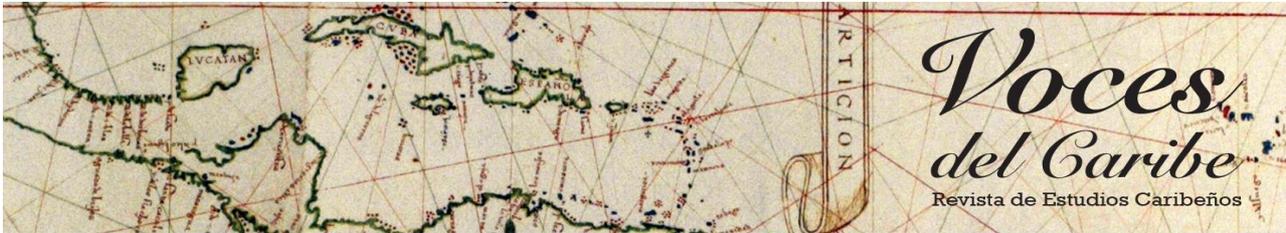
Sodio

Pasar. Ésta es la historia por la cual nadie me había preguntado y cuando alguien de hecho me preguntó, resultó ser que alguien más cambió de tema en un dos por tres y el intento se quedó en nada. La cuento, pues, como pueda.

Había que salir temprano hacia la autopista y la salida de la Avenida Comerío que es más bien entrada a la gran vía metropolitana y es como un embudo y son los años ochenta. Da el sol de por la mañana y por eso parece que de verdad se trata de un augurio de algo nuevo, aunque sea del nuevo tapón de cada mañana. El tapón es y no es igual al mismo. Es que en los ochenta eran menos los carriles y ya el letrero de la salida hacia Las Palmas se hacía tan cotidiano como la estampa a lo Peñuelas (pero con menos sequía) de la Gulf, que sí funcionaba, no como la petroquímica que cerró en el 1983 allá por la número dos, no por el trayecto de Caparra a Bayamón, sino allá por el seco sur de Ponce a Yauco, por Peñuelas hacia Guayanilla, pero aquí es la Gulf y los carros se mueven lentamente porque el peaje hay que pagarlo a mano, echar la peseta que caiga en el canasto que si no te pegan sendos bocinazos los de atrás y por fin, por fin, coger una pequeña brisa y arrancar, quedando a la derecha la papelera que por alguna razón trae a la mente aquella central azucarera abandonada en Guánica o la imagen de un pote de sal yodada porque así es, quedando ese lugar a un lado y luego la que sería la cárcel federal al otro. Llegan los años noventa.

Rápido. Ojo cuando se van arremolinando para ir a Guaynabo (arrímate a la derecha) quizás hacia Buchanan por allí por el Shirley's Pizza o quizás a San Patricio, a Plaza San Patricio donde queda La Cobacha, la tienda que anuncian por la radio y





como que vuelven los años ochenta aunque nunca se fueron del todo. Ojo que hay que colarse hacia la izquierda por la salida hacia la Avenida Kennedy y la zona portuaria.

Mirar. En la Kennedy hay de todo. Hasta había un anuncio--sería de carros, falla la memoria--que lo decía: ¡En la Kennedy! Los anuncios no pierden eco. Caterpillar, donde decoran las máquinas con luces para las Navidades. Mangle, donde las raíces impresionan apoyándose sobre terreno inestable. Maserati. Lexus. Mazda. ILA y los camiones de las Navieras, algunos ya oxidados. A todo esto, Alfa Rock sonando y como es martes, es Two for Tuesday y de repente, el locutor se emociona y anuncia que no van a ser dos sino tres canciones de los Beatles, así que una ñapita hoy que va asomándose ya el puente, que por alguna razón se llama de la Constitución, lo que significa que por un lado se asoma el Parque Central y por el otro, los atisbos de la Bahía. No muy lejos, empiezan a emerger los edificios gemelos de Trastalleres, ésos que, cuando pasas de noche, te llaman la atención las luces de los balcones porque parecen prenderse y apagarse a un ritmo que solamente ellas entienden, con una coordinación aparentemente imprecisa y nunca nunca se ve a nadie asomándose por esos balcones y las luces son bastante opacas, serán de sodio, y sin saber por qué. Los dos edificios son prácticamente idénticos: rectángulos con mini rectángulos adentro, simple: algo práctico. Nada más.

Opciones. A principio de la década del ochenta, vas a la Academia del Sagrado Corazón, la escuela que queda por la parada 19. Entonces, la Kennedy se convierte en la Avenida R.H. Todd y par de escuelas públicas se erigen por el lado del conductor en lo que cambia la luz. Manuel Gaetán Barbosa y la otra. Si estudiaras en una de éstas ya hubieras llegado, pero no es el caso. Más adelante el cafetín Si tú supieras...y un puente peatonal azul opaco, diferente por parecer de concreto, y sin uso, deteriorado. Lateros y amanecidos. Transeúntes y empleados de oficina. No puede ser sino la parada 18 y el





cine Metro todavía tiene la misma película que la semana anterior. La Ponce de León solamente corre en una dirección; por eso la vuelta para llegar a la parada 19 por la calle Duffaut, llegando así al corazón santurcino, a Sagrado Corazón, llegando así por la esquina del luego abandonado teatro Paramount donde crees que fue que viste a ET, el Paramount, lo que era, al cruzar del dulcerero y vendedor de billetes de lotería, un tanto arisco él, pero muy consecuente, casi como si la esquina y él fueran la misma persona.

Pasos. Todavía es fácil soñar con pisadas por ese tramo de la Ponce de León, aceras salpicadas de aguas de alcantarilla o estancada en cunetas, aceras marcadas por pasos en zapatos de uniforme de escuela elemental, pasos acompañados por un padre o una madre, quizás una mañana primero rumbo a Casa Potín, o una tarde al salir de la escuela, a comerse un bocadillo o a comprar estampitas y chicle. Una mañana y todas las mañanas, primero y segundo grado en Sagrado. Todas las mañanas, cada grupo en fila, separados entre niños y niñas y por orden de tamaño, por lo que te toca estar casi al final. Antes de entrar al salón de clase, primero, cada mañana, en el patio a cantar los himnos. Una jacaranda en el patio de otro lugar aldeaño trae recuerdos de los patios de Puerto Nuevo donde vivía tu tía y te inspira sueños anhelantes de la hora de salida. ¿Sería aquello una jacaranda? Todavía es fácil recordar...

Desvíos. Volvamos a la Kennedy, pero no hacia atrás, sino al punto decisivo al pasar el puente de la Constitución. Si es hacia Miramar hacia donde se ha de tomar rumbo, pues la Kennedy no se transforma sino que termina cediendo por una salida hacia el este-noreste, la que en cuestión de nada permite divisar mejor los cuadriculados edificios de Trastalleres, los que, asediados por cercanos letreros de la Calle Hoare--y cuidado cómo se pronuncia--no están tan lejos de la R.H. Todd (o Kennedy transmutada) y el almacén aquel de dulces al por mayor, el almacén que era como para perderse en un paraíso de cajas de Bazooka, Mary Janes, gofio, chocolates, candy





cigarettes, paraíso para los bienaventurados aún libres de re-vistas preocupaciones.

Seguir. Que ya no es hacia lo más raw de Santurce sino lo más crudo de Miramar, si es que Miramar puede ser unplugged. Casonas y condominios. Casonas. Residencias y nada de Casa Potín por la calle Unión, esquina Martí. Seguir por esa ruta por los próximos años, hasta la graduación de high school. Desde los salones de clase de octavo grado se podía ver de reojo un poco de la bahía. Poco muy poco, pues era la parte a punto de manglar. Desde los de noveno, la laguna del Condado a lo lejos, aunque más bien un chía del Puente Dos Hermanos, el Caribe Hilton y siempre las avionetas que salían de Isla Grande Flying School. En algún momento, más tarde, te viene a la mente aquella vez que un vuelo de United aterrizó allí, aunque ese aeropuerto no estaba en tales funciones desde hacía mucho.

Esperar. Y vuelve. Santurce vuelve siempre, cada tarde. La guagua escolar hace su recorrido usual. Te llega el turno. Ya va la guagua subiendo desde Ocean Park y Condado por la calle San Jorge. Estás a punto de llegar y tienes hambre y qué habrá preparado Abi (la abuela) hoy...¿macarrones? ¿hot dogs? ¿Chef Boyardee? Es en la calle Convento, esquina Antonsanti, que se vive la tarde, o por lo menos dos horas, en casa de la abuela, la tía-abuela y la bisabuela, hasta que llegan tus padres, después de que salen del trabajo a recogerte. A veces te gustaría quedarte a dormir. Hay muchas plantas en el patio, es un patio amplio, como una terraza más bien ya que es un segundo piso. Además hay queso Velveeta en la nevera y suele hacer fresco. Los gabinetes son de un azul tan sublime, que parece un azul de la más apacible piscina. El pote de Morton Iodized Salt siempre dice presente, pero yo no le echo sal a los macarrones. Y hay una victrola en la sala y hay discos de vinyl de zarzuelas, sobre todo zarzuelas. También hay una ventana que es la favorita. La ventana del comedor trae dos grandes bendiciones. De día se ven pasar los aviones que en menos de tres minutos estarán





aterrizando en el aeropuerto internacional Luis Muñoz Marín. Ver aviones. Ver aviones y adivinar. Ése es de American. Vendrá de Chicago. Ése, de Eastern. Vendrá de Miami o Nueva York. De noche también pasan aviones, pero lo mejor de esa ventana es el foco. Hay un poste cuya luz-¿tendrá algo más que sodio?--no sólo se ve sino que suena. El zumbido es raro pero es como si el sereno bailara por las hilachas nebulosas que se desprenden de la luz del foco, como si un objeto invisible se traspusiera sobre otro aún más invisible. Esa luz tiene algo especial y de noche, todos los sillones de la sala de la casa de la abuela, la tía-abuela y la bisabuela, están sin mecerse. A dormir temprano. Pero es noche de entre-semana y no te dejan quedarte a dormir.

Regresar. El tapón en la Kennedy. Puente. Navieras. ILA. Mangle. Dealers. Nissan. Caterpillar. El tapón en la autopista y ha caído la noche porque es octubre y, hayas madrugado mucho o no, oscurece más temprano. Postes altos que no alumbran. Focos en su mayoría fundidos. Focos prendidos de luz amarillenta que a penas iluminan la llovizna, ¿o será sereno? que súbitamente se precipita, pero que no dura. Luz amarillenta, ¿será sodio o algo más? No lo sé. Luz que eclipsa lo que hay detrás, el mangle. ¿Y detrás del mangle? No lo sé. Como tampoco sabía por qué en Sagrado sí y en la Gaetán Barbosa no. Como tampoco sabía que aquello era Trastalleres. ¿Y qué había que hacer para matricularse en Isla Grande Flying School? Autopista hacia Río Hondo, porque hoy, y es una rareza, no me la he pasado en casa de mi tía en Puerto Nuevo. Otros veinte pesos.

Walk-man conmigo. Escucho Alfa Rock y sus relaxing beats con la canción "Sailing" de Christopher Cross y me acuerdo del agua, del agua salada de la playa de Isla Verde, porque me gusta Isla Verde, sobre todo por el time share de mi tía en el ESJ Towers, pero es noviembre y falta bastante para el 18 de junio y para la Noche de San Juan. Me gusta la Avenida Isla Verde mucho más que la autopista. No me quejo de la





Volumen 7, Número 1

Primavera, 2016

Kennedy, pero los pinos que se divisan entre el Hotel San Juan y el aeropuerto me hacen pensar en aviones, en viajes remotos, en que son pinos de playa y que todo esto es muy lindo porque contrastan con las palmeras y me gusta el verde tierra que da sombra a la arena. Todavía es fácil recordar...

Mañana, otro tapón. Entonces eran las preguntas que tenía y que no se me habían ocurrido. El mangle, los edificios gemelos, la 18, el uniforme rojizo de cuadritos de Sagrado. Hace poco: soñar. Pisadas de niña de seis años por la Ponce de León ante la promesa de chicles y tostadas en Casa Potín diciendo en la certeza del sueño que éste y no el de las casonas... éste es mi lugar. Santurce me late a sodio mientras un domingo de paseo hacia el Viejo San Juan, pasando por El Hamburger hacia la Guardia Nacional en Puerta de Tierra, bien miro, contemplo, el mar, el océano. Si todavía está en pie la heladería china frente a la Plaza Colón, pido un helado de pistachio.

Nancy Bird-Soto

Autora

